

Roma en su máximo apogeo

BEATRIZ TERRIBAS

Hace 1900 años Publio Elio Adriano fue erigido emperador de Roma. Descendiente de una notable familia hispano romana afincada desde el siglo III a. de C. en la ciudad bética de Itálica, su gobierno se caracterizó por conseguir la estabilidad social y el extraordinario desarrollo de las provincias del Imperio Romano, que en aquel momento alcanza su máxima extensión territorial, abarcando desde el Atlántico hasta Mesopotamia.

Adriano fue el segundo de los emperadores hispanos, tras suceder a su tío y padre adoptivo Marco Ulpio Trajano. Accedió al poder en el año 117 de nuestra era, al ser nombrado por Trajano su heredero, gracias al apoyo de Pompeya Plotina, su esposa, y del cónsul y senador Lucio Licinio Sura. La mayor parte de sus antepasados, incluido su padre biológico, que falleció cuando Adriano contaba ocho años de edad, habían pertenecido al orden senatorial, lo que influyó decisivamente en la exquisita educación que recibió en Itálica en materias como la gramática, la retórica y la cultura grecorromana. A instancias de Trajano, a los catorce años se trasladó a Roma para comenzar su formación política, inicialmente tutelada por senadores de alto rango, responsables de los tribunales de justicia, para incorporarse después al servicio militar como tribuno y legado de las legiones establecidas a lo largo de los casi 3000 km por los que discurre la cuenca del Danubio, donde ejerció también como administrador del territorio. Nombrado cuestor por Trajano en el año 100, acompañó a su tío durante las dos insurrecciones de la Dacia, y tras ser elegido cónsul, ocho años después, permaneció algún tiempo en Grecia, donde se le otorgó la ciudadanía ateniense. Su carácter antibelicista marcó las directrices de su gobierno, orientado a mantener la estabilidad del Imperio, lo que le llevó incluso a desestimar la conquista de Mesopotamia, iniciada por

Trajano. El único conflicto de importancia que alteró sus propósitos fue la rebelión de Judea, encabezada por varios rabinos liderados por Simón Bar Kojba, que se oponían a la creación de una ciudad romana en Jerusalén y a la prohibición de la circuncisión decretada por el emperador. La revuelta, que causó la muerte de más de medio millón de judíos y de veinte mil soldados imperiales, concluyó con la fusión de Judea y Siria en la nueva provincia de Siria Palestina, la anulación de los ritos judíos y la fundación de la ciudad Aelea Capitolina sobre las cenizas de Jerusalén.

Construcciones defensivas

Para evitar contiendas similares en otras provincias, Adriano estableció destacamentos militares permanentes en aquellos puntos susceptibles de cualquier levantamiento. El alto grado de especialización alcanzado por las legiones, gracias a las reformas militares adoptadas por el emperador, garantizaba la intimidación de sus adversarios, evitando, cuando era posible, el estallido de indeseados enfrentamientos. Las tropas se instalaban en campamentos de planta cuadrangular, que los soldados construían con tierra y empalizadas de madera, precedidos por fosos o rodeados de murallas de mampostería y piedra. Su superficie variaba en función de los efectivos adscritos a cada lugar, cifrándose entre las 20 y 60 hectáreas. En lo que

fue la antigua provincia Hispania Citerior Tarraconensis todavía se conservan, en el valle de Vidriales, en Zamora, parte del recinto amurallado, puertas, foso y hospital del campamento que durante el siglo II albergó a una de las unidades auxiliares del ejército imperial encargada de controlar las calzadas que conectaban la zona con el noroeste peninsular. Estos puestos militares, reforzados con atalayas, fortalezas y murallas, se establecieron durante el gobierno de Adriano a lo largo de las fronteras (limes) del Imperio para preservar sus territorios de incursiones indeseadas y mantener la estabilidad de las provincias. En Europa alcanzaron notable importancia los sistemas defensivos de los limes de Germania y Retia, provistos de mil torres de vigilancia y un centenar de fortalezas emplazadas en las inmediaciones de los ríos Rin y Danubio, a lo largo de más de 500 km. En el año 2005, los vestigios que se conservan fueron declarados Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, al igual que los lienzos que permanecen en pie del Muro de Adriano, que recibieron el mismo distintivo en 1987. Este imponente parapeto, con una longitud que superaba el centenar de kilómetros, se levantó entre el golfo de Solway y el estuario del río Tyne para defender Britania de los pictos del Norte. Levantado con sillares de piedra que superaban los 4 m de altura y los 3 m de anchura, estaba custodiado por casi un centenar de fuertes, componiendo un inexpugnable sistema que preservó Britania de sus enemigos desde el año 132 hasta el año 383, momento en el que fue abandonado.

Reformas imperiales

Mantener la paz del Imperio y mejorar su administración fueron los objetivos prioritarios del gobierno de Adriano. Para ello emprendió sendas reformas en sus instituciones que comenzaron en la administración, donde expertos funcionarios del orden ecuestre sustituyeron a los libertos en la gestión de los tribunales, la hacienda o las finanzas, con el fin de que este organismo dejase de estar sometido a los cambios adoptados por cada emperador. También unificó el tesoro público, hasta entonces dividido en varias cajas que recaudaban los ingresos de los impuestos, las rentas del emperador y el estipendio de los militares licenciados. En el terreno jurídico, además de aprobar la redacción de un edicto legal perpetuo para regular la administración de justicia y evitar que cada magistrado, al iniciar su mandato, modificara el de su predecesor, cambió la constitución para impedir que los esclavos fueran torturados o asesinados por sus dueños. En el mismo ámbito regularizó la producción de aceite de la Bética estipulando el montante destinado a Roma, al ejército y el de la propia provincia. Tan innovadoras medidas dan fe del interés de Adriano por conseguir el bien común de los ciudadanos

del imperio, acostumbrados a elevar directamente sus peticiones al emperador durante los intermitentes viajes que realizó por las provincias durante la mayor parte de los veintinueve años que duró su mandato. Acompañado de un séquito de ingenieros, arquitectos y administradores fundó algunas ciudades, reconstruyó otras, y desarrolló un extraordinario programa de mantenimiento de infraestructuras en todas las provincias, que agradecidas erigieron un sinnúmero de inscripciones, estatuas y monumentos conmemorativos en su honor, otorgándole incluso el apodo de “el restaurador”.

Actividad edilicia

Aunque conservar el legado de sus predecesores fue una constante a seguir por Adriano, no por ello dejó de acometer nuevas obras y embellecer las ciudades emulando el modelo de Roma. Su actividad edilicia se extendió por todo el imperio, mostrándose especialmente generoso con Grecia, cuya cultura y costumbres abrazó desde su primer viaje a la provincia; también con la magna Roma, corazón del imperio; y, por supuesto, con Hispania, para algunos su lugar de nacimiento. El nexo afectivo que se forjó entre Grecia y el emperador, elegido incluso gobernador honorífico de Atenas, se manifestó en las cuantiosas aportaciones que el Tesoro cedió a la provincia, y en la construcción de edificios oficiales, entre otros, la biblioteca de las Cien Columnas, al norte del Ágora ateniense, destinada a guardar los fondos bibliográficos del emperador. Se levantó siguiendo las pautas de la arquitectura griega, y constaba de lujosas salas de lectura y conferencias, como evoca el historiador Pausanias en sus escritos. La misma ostentación caracterizó al templo de Zeus, obra concluida por Adriano en las inmediaciones de la Acrópolis. Edificado en mármol, las 16 columnas que sobreviven del centenar que poseía dan idea de la magnitud del santuario, que alojaba una escultura del rey de los dioses, labrada en marfil y oro, y otra del propio benefactor.

Aunque Adriano apoyó la construcción de santuarios similares en Asia Menor, la innovación arquitectónica del Panteón de Roma lo hace único en su género. Se edificó sobre los vestigios del templo erigido por el general Agripa y está precedido por dieciséis imponentes columnas procedentes de Egipto que conforman el pórtico de entrada, en cuyo friso aparece inscrito el nombre de Agripa. Desde él se accede al templo, cuyo diseño, medidas y proporciones aluden a la cosmología romana. Su imponente sala circular de 43 m de diámetro insertada en una base cuadrada simboliza la síntesis entre el cielo y la tierra, mientras que la extraordinaria cúpula, que corona la obra y alcanza la misma altura, representa la bóveda celeste. Dividida por cinco círculos concéntricos de hormigón, provistos de veintiocho casetones que evocan los planetas conocidos entonces

y los días del mes lunar, la bóveda descansa sobre un muro cilíndrico en cuyo interior se insertaron sendos arcos de descarga que contrarrestan su empuje. Asimismo esta estructura, que no ha sido restaurada en ningún momento, va reduciendo paulatinamente su espesor hasta la coronación gracias al empleo gradual de materiales como el hormigón, la piedra pómez y el tufo o toba volcánica. Aunque se desconoce al autor de obra tan colosal, que irrumpió en la arquitectura imponiendo nuevas técnicas constructivas, algunas hipótesis sostienen que se edificó según el proyecto de Agripa, pero otras atribuyen su autoría a Adriano, cuyos conocimientos de arquitectura le llevaron incluso a retar en ocasiones a Apolodoro de Damasco, arquitecto de Trajano.

La Hispania de Adriano

Las grandes riquezas de Iberia convirtieron la Península en la mayor productora agrícola y minera del imperio. Desde sus provincias se exportaban a Roma alimentos, materias primas y yegüadas, pero además, Hispania era el mayor complejo minero del Imperio con sus yacimientos de plomo, hierro, cobre, plata y oro localizados en el sureste y suroeste peninsular, en Sierra Morena y en la zona noroccidental. El tránsito de estas mercancías precisaba que la red viaria que trazaron los romanos tras su llegada a la Península en el año 218 a. de C. estuviese en perfecto estado. Por ello Adriano restauró gran parte de los 1500 km de la Vía Augusta, que desde los Pirineos se dirigía a Cádiz bordeando el Mediterráneo. Esta medida también afectó a los dos trazados que unían Caesaraugusta (Zaragoza) con Emérita Augusta (Mérida) y con Asturica Augusta (Astorga), en este último caso a través de Cantabria. Ambos ramales partían de la Vía de la Plata, que unía las dos ciudades y facilitaba el traslado de la plata y el oro del noroeste peninsular y el de las pepitas del río Tajo. El mismo interés económico impulsó la construcción de la calzada de Olisippo (Lisboa) al centro minero de Bracara (Braga), que con 300 Km de recorrido se convirtió en la principal de la vertiente atlántica de Hispania.

El abastecimiento hidráulico de las ciudades fue también determinante en el desarrollo de Hispania, donde se levantaron las presas más importantes del Imperio, entre otras las de Araya y Cornalvo que abastecían Emérita Augusta y datan de la época de Adriano, al que se debe también el embalse de Andelos, en la actual provincia de Navarra. Estas infraestructuras se alimentaban de pequeños arroyos y se construyeron, como las demás presas, en depresiones secas del terreno, lo que permitía a los ingenieros cimentar la obra y construir sus torres de toma de agua y aliviaderos con seguridad. Araya responde a la tipología de “muro y contrafuertes”, un sistema de construcción que permitía reducir los materiales de obra con el consiguiente ahorro económico. Los

ingenieros descubrieron que, en los casos en que se precisaban muros de retención no muy elevados, podían levantarlos planos, con piedra y hormigón, y provistos de contrafuertes que soportaban satisfactoriamente el empuje del agua embalsada. En esta presa son 23 los que se adosaron a su paramento de 4 m de altura, que finalmente se recubrió de cal y ladrillo molido para su impermeabilización. De similares características era la presa de Andelos, que abastecía aquella ciudad y aún conserva parte de su muro de contención y algunos contrafuertes. En el caso de Cornalvo, al ser más elevado el paramento, 21 m de altura, los ingenieros utilizaron el sistema de “muro y espaldón”, que consistía en adosar a la parte posterior del cuerpo de la obra, en este caso de hormigón, un espaldón de tierra y piedra apisonada para resistir la presión del agua. Una de las singularidades de esta presa, que todavía sigue en activo y fue restaurada en los siglos XVIII y XX, es la torre de toma de aguas, que también regulaba el caudal del embalse. Se levantó alejada del muro para evitar filtraciones y erosiones que perjudicasen la estructura, aunque estaba unida a él por una pasarela y un arco de sillería. Debajo de ella y del cuerpo de la presa se conserva la galería por la que fluía el agua hacia el acueducto que la transportaba a Emérita Augusta. Otra de las obras hidráulicas más relevantes de aquel momento, dada la dificultad de su trazado, es el acueducto de Peña Cortada, en la comarca valenciana de Los Serranos. Recogía principalmente las aguas del río Tuéjar, en el municipio del mismo nombre, y los restos encontrados hasta la fecha se extienden a lo largo de 28 Km, desconociéndose el punto de destino, aunque probablemente fueran los cultivos de Casios y Liria. La abrupta topografía de la zona obligó a los ingenieros a perforar numerosos túneles en las montañas para dar continuidad a algunos tramos de la conducción, llegando incluso a cortar verticalmente la cresta de una de ellas para evitar el derrumbe de la obra, dadas las grietas que presentaban sus paredes. Otras partes del acueducto discurrían al aire libre sobre imponentes arcadas, entre las que destacan las del magnífico puente que los ingenieros construyeron para salvar el barranco de Peña Cortada. Con una altura desde la rasante de 18 m, se edificaron con sillares procedentes de lugares más lejanos, dada la mala calidad de la roca del lugar para la construcción.

Itálica, cuna de Adriano

La mayor reforma urbanística costeada por Adriano fue la de su ciudad natal, Itálica. Fundada por Publio Cornelio Escipión en el año 206 a. de C. para alojar un destacamento militar permanente, fue poblándose con destacadas familias procedentes de la península Itálica, alcanzando su mayor expansión urbanística y monumental durante el reinado de Adriano. El trazado de la

Nova Urbs, que se dispuso al norte de la existente, sobre unas colinas atravesadas por dos arroyos, comenzó por la canalización de sus aguas mediante dos cloacas de ladrillo y mortero de cal que, todavía en perfecto estado, alcanzan una longitud de 6 Km. La infraestructura hidráulica se completó con la ampliación del acueducto de la ciudad vieja al que se le anexionó una nueva canalización, de hormigón y revestida de ladrillo, que antes de llegar a Itálica se separaba de él en dirección al depósito de la Nova Urbs, desde donde se distribuía el agua a sus múltiples fuentes, situadas en todos los cruces de las calles, y a las termas mayores. La planificación ortogonal de las vías de Itálica, que se prolongan a lo largo de 15 km, dio lugar a numerosas manzanas donde se construyeron los edificios públicos y las viviendas. Escasos restos han aparecido de la basílica de

Bibliografía

- ✓ *Obras públicas en la Hispania Romana. Ministerio de Cultura.*
- ✓ *Ingeniería Romana en Hispania. Historia y Técnicas Constructivas. Ignacio González Tascón e Isabel Velázquez. Edit. Juanelo Turriano.*
- ✓ *Adriano, emperador romano. Vicente Piñeiro González. Edit. Irreverentes.*
- ✓ *Ingeniería hidráulica romana. Carlos Fernández Casado. Edit. Turner.*
- ✓ *Itálica. Ministerio de Cultura.*
- ✓ *Itálica arqueológica. Antonio Caballos Rufino. Universidad de Sevilla.*
- ✓ *Hispania, el legado de Roma. Ministerio de Educación y Cultura.*

la Nova Urbs y también de las termas, un gran recinto de 32.000 m² que disponía, entre otras dependencias, de gimnasio, biblioteca, sauna, y varias piscinas de agua a diferente temperatura de las que se ha conservado sólo una, en aquel tiempo recubierta de mármol. Cada manzana albergaba también dos viviendas que, respetando la legislación urbanística aprobada después del incendio que devastó Roma en tiempos de Nerón, estaban separadas por un muro doble. En todas las casas, cuya superficie oscilaba entre los 1600m² y los 4000m², se repetía el mismo diseño, condicionado por un patio central porticado, provisto de un aljibe y un jardín, al que se accedía directamente desde la calle a través de un vestíbulo y que daba paso a las distintas dependencias de la casa distribuidas en dos plantas. Curiosamente, al tener que amoldarse los edificios a la topografía del terreno, algunas habitaciones, pavimentadas con magníficos mosaicos, se encontraban a distinto nivel.

El programa urbanístico de Adriano incluyó la construcción de un magnífico anfiteatro situado fuera de la muralla de la ciudad. Dedicado a la lucha de gladiadores, constaba de tres cáveas para 25.000 espectadores que se construyeron sobre la loma de una vaguada cuyas aguas se canalizaron a través de sendas cloacas.

Lamentablemente la Nova Urbs, afamada por sus obras de arte y su vida comercial y artesanal, como atestiguan los restos encontrados de las tiendas y talleres que se localizaban bajo los soportales que cubrían las aceras, tuvo una vida limitada. Tan sólo una generación pudo disfrutar de sus viviendas, que fueron resquebrajándose por las tensiones que provocaron en sus cimientos las arcillas expansivas sobre las que se asentaban. ■